

cio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.

Conclusion. — Así el Verbo eterno al manifestarse en el tiempo, primeramente por medio de la creación del mundo y después por su propia Encarnación, para salvar á ese mismo mundo es el asunto principal que pone á nuestra consideración el Evangelio de este día, con el exclusivo objeto de darnos una ligera idea del divino Niño cuyo nacimiento celebramos. Tratemos por tanto, de no perder el fruto que en sí encierran estas dos verdades. Puesto que por el Verbo han sido creadas todas las cosas reconozcamos que dependemos de El, rindiéndole el homenaje de nuestra gratitud y entera sumisión á sus leyes⁴. Y puesto que se ha dignado hacerse Hijo del hombre para hacernos á nosotros hijos de Dios, tratemos de que no sean infructuosos sus misericordiosos designios; mas aun, tratemos de secundarlos viviendo de modo que tengan en cada uno de nosotros su debido cumplimiento⁵. Amen.

1. *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est.* Verbum cum creator sit et causa omnium, hinc omnimodam nostri ab ipso dependentiam intelligamus. — 1^o *Omnia per ipsum, et sine ipso nihil:* ita ut nostra causalitas tota ab ipso derivetur. A nobis ergo quaecumque faciendi sunt, fieri possunt et debent per ipsum; sine ipso vero nihil efficietur, nisi ruina et peccatum: *Sine me nihil potestis facere.* Joan. xv, 5. — 2^o *Omnia per Verbum, i. e. per sapientiam, facta sunt: Omnia in sapientia fecisti.* Ps. ciii. Ergo omnia sapientissime facta, et in finem infinita sapientia dignissimum. — 3^o *Omnia per ipsum, non tantum in esse, sed et in conservari ac gubernari constant:* sine ipso nihil accidit, sed omnes eventus ipsius Providentia dirigitur (SCHOUPPE, *Évang. illustr.* in Nativ. Dom. *Evang. de die*).

2. *Deus factus est homo, Filius Dei factus est filius hominis:* eo fine, ut homo fieret filius Dei, ut caro fieret spiritus, ut carnalis homo creatura spiritualis efficeretur... Si Verbum factum est caro, quid fieri debet caro cum homo?... — Ecce propter nos homines, descendit de caelis, extinavit semetipsum... Si ergo ita se humiliavit et exinanivit pro nobis Dominus noster Jesus Christus, quid nos facere decet, quid oportet? Nonne id quod commendat Apostolus, Phil. ii, 45? *Hoc, inquit, sentite in vobis, quod et in Christo Jesu* (SCHOUPPE, loc. cit.).

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD.

EVANGELIO.

Continuación del Santo Evangelio según S. Lucas (ii, 30-40).

En aquel tiempo el padre y la madre de Jesús estaban llenos de admiración por las cosas que de El se decían. Y Simeon los bendijo y dijo á María su madre: Este niño será causa de la perdición y salvación de muchos en Israel y será señal de contradicción, y tu alma será atravesada por cruel espada de dolor, para que sean revelados los secretos pensamientos del corazón de muchos. Había también en Jerusalem una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel de la tribu de Aser; tenía mucha edad; y después de haber vivido con su marido durante siete años, el cual marido la había desposado siendo virgen, habiase quedado viuda y guardado viudedad hasta los ochenta y cuatro años. Esta mujer hallábase siempre en el Templo y servía á Dios de día y de noche con ayunos y oraciones. Halliéndose pues, llegado á la misma hora comenzó á alabar á Dios y á hablar de este niño á todos los que esperaban la salvación de Israel. En cuanto José y María hubieron cumplido con lo que prescribía la ley del Señor volvieron á Galilea á la ciudad de Nazaret en donde vivían. Y el niño crecía y se fortalecía lleno de gracia: la gracia de Dios estaba en El.

Sequentia sancti Evangelii secundum Lucam (ii, 33-40).

In illo tempore: Et erat Pater ejus et mater mirantes super his que dicebantur de illo. Et benedixit illis Simeon, et dixit ad Maria matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur; et tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut reveleatur ex multis cordibus cogitationes. Et erat Anna prophetissa, filia Phanuel, de tribu Aser: haec processerat in diebus multis, et vixerat cum viro suo annis septem a virginitate sua. Et haec vidua usque ad annos octoginta quatuor: que non discedebat de templo, jejuniis et obsecrationibus serviens nocte ac die. Et haec ipsa hora superveniens, confitebatur Domino; et loquebatur de illo omnibus qui expectabant redemptionem Israel. Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galileam in civitatem suam Nazareth. Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia; et gratia Dei erat in illo.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD.

PRIMER DISCURSO.

Admiración de María y de José acerca de lo que de Jesús se decía.

I. Lo que á ejemplo de María y José debemos admirar. — II. Frutos que esta admiración debe producir en nosotros.

La Iglesia que durante las cuatro semanas que preceden á la fiesta de Navidad ha procurado prepararnos al advenimiento del Mesías, se va á ocupar ahora que ya ha nacido, de que saquemos de los misterios que encierra su infancia las útiles lecciones y ópimos frutos que en sí encierra.

A partir de hoy conducenos la Iglesia como por la mano á la ceremonia de la Presentación del Niño Jesús en el templo, festividad que se celebra el día 2 de Febrero. Mas la Iglesia en este día no nos habla de este misterio en sí, lo cual sería como acabamos de ver prematuro; sino que se limita á señalar nos algunas particularidades llenas de un especial interés¹.

Estas particularidades, entre otras son: la admiración de José y de María respecto á lo que se decía de Jesús: la profecía de Simeon acerca de las contradicciones de que habia de ser blanco el divino Niño; el elogio de la viuda Ana y el celo que esta demuestra en hablar del Hijo de María á todos aquellos que esperaban la salvación de Israel: por último el retirarse María y José á Nazaret y el crecimiento de Jesús en gracia y santidad.

¡Qué asuntos para nuestras reflexiones y pensamientos hacen nacer en nuestro espíritu! Por lo cual no quiero limitarme á pasar

1. Evangelica lectio compendium continet futura vite pueri Jesu, recens nati: seu, velut ejus horoscopus, quem propheta Simeon vaticinatus est in templo, quo die divinum infantem parentes ejus secundum egerem, Domino presenterunt (Schouffe, *Evang. illustr. infra octav. Nativ.*).

sobre ello ligeramente, sino que me propongo en el día de hoy no tratar mas que de la primera de estas particularidades que señala el Evangelio, esto és, de la admiración que en María y José causaba cuanto de Jesús se decía. Este solo pasaje proporcionará materia suficiente para sacar del mismo sólidas instrucciones: estudiandolo y meditando sobre dicho punto con atención, aprenderemos en primer lugar, y á imitación de María y José, á saber que es lo que debe causar admiración en nosotros y luego á sacar los frutos que dicha admiración ha de producir.

1. *Et erat pater ejus et mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.* Hic discamus quemam vere mirabilia sint, nostraque admiratione et contemplatione digna; discamus quoque quomodo opera et beneficia Dei meditari debeamus. 1.º Mirantur Maria et Joseph ea que audiunt de Christo; quandoquidem ea vere, et quidem sola vere mirabilia sunt, que ad Christum pertinent: *Vocabitur nomen ejus admirabilis.* Isai. ix, 6. Admirabilis scilicet in persona sua, admirabilis in doctrina, in exemplis, in humilitate, in patientia, in charitate, in gloria ac majestate sua... 2.º Reliqua, que neque Christus sunt, neque ad Christum pertinent, vere mirabilia non sunt. Humana enim magnitudo, quantumvis speciosa videatur, quid est? *Omnis caro fenem, et omnis gloria ejus quasi flos agri... exsiccatum est fenem et cecidit flos: verbum autem Domini nostri manet in æternum,* Isai. xl, 6. — Ergo quidquid a Christo alienum est, nequaquam mirabile, sed contemnendum esse compertur: simillimum nempe flori marcescenti, vel fumo evanescenti; aut etiam sepulcro dealbato, quod nemo miratur nisi qui intuetur extrinsecus. — 3.º Quare Joseph et Maria mirantur? — Quia verba sacra audiunt; porro ea audiunt in templo, in domo orationis: ut intelligamus, mirabilia Christi iis manifestari, quæ in templo et in oratione verbum Dei audiunt, idque corde recogitant. Mirantur autem, etsi non plane ignota audiunt: quia ea quæ cœlestia sunt, et divina mysteria continent, quoties recogitantur toties renovant admirationem... 4.º Quare multi magnaia Dei non mirantur? — Quia 1) non sat vivide credunt; 2) non attente recogitant aut considerant mente; 3) rebus terrenis spectandis, cogitandis et persequendis nimium distrahuntur... (Schouffe, *Evang. illustr. Dom infra oct. Nat.*)

I. *Lo que á imitacion de María y José debemos admirar.* — El Evangelio comienza dando á José el título de Padre de Jesús. *El padre y la madre de Jesús*, dice, *estaban admirados por las cosas que de El se decian*. Es sin embargo de ré que Jesús en cuanto Dios, no ha tenido madre y en cuanto hombre no tiene padre. María sola le engendró por obra del Espíritu Santo. ¿ Como, es por tanto que el Evangelio llama á S. José, Padre de Jesús? Pues le apellida de este modo por varias razones. La primera porque aunque no era su padre, todos le consideraban como tal, por disposicion divina para que la reputacion de María quedase salvada, dice el venerable Beda. En efecto, lo mismo que si hubiese sido su padre, José estaba encargado de alimentarle, de velar sobre El, de atender á todas sus necesidades, en una palabra, estaba encargado de su educacion. El Evangelista al decir que José era su padre, expresa ó nos da á conocer la opinion mas comun y general, una opinion que generalmente se aceptaba y que constaba además inscrita de este modo en los archivos ó registros públicos. La segunda razon nos la da á conocer S. Agustin, y es que María perteneciendo á José por el vínculo conyugal que á ambos unia, todo lo que de María procediera era de José, del mismo modo que el producto de todo feudo ó propiedad á su dueño pertenece. Como vemos, José puede considerarse como el padre de Jesús mejor que si únicamente se hubiese limitado á adoptarle como hijo ó prohibirlo, en cuyo caso tambien se le hubiera podido llamar padre de Jesús¹.

Luego, *el padre y la madre de Jesús estaban admirados de lo que acerca de El se decia*. ¿ Y qué es lo que se decia de Jesús? Un án-

1. Cf. *Cat. aur.* in Luc. c. ii. — *Pater*, scilicet Joseph, qui dicitur Pater Christi, non tantum quia ejus nutritius, et quia a vulgo putabatur ejus pater, sed etiam quia ipsi in conjugio et conjuge sua Maria legitime natus erat Christus, atque ob hanc prolem matrimonium hoc Josephum cum B. Virgine conciliatum et ordinatum erat a Deo (GORN. ▲ LAP. *Comment. in Luc.* ii, 33).

2. *Erant pater ejus et mater mirantes super illis quæ dicebantur de illo.*

gel habia bajado de cielo para anunciarle á María como debiendo ser el Salvador de su pueblo¹; otro ángel habiasele aparecido en sueños á José para advertirle que el niño que María habia concebido era obra del Espíritu Santo²; Santa Isabel habia sido tambien advertida de la concepcion milagrosa que en su prima se habia operado³; desde el vientre mismo de su madre da Juan Bautista señales de su emocio al acercarse la madre del Salvador⁴; al rededor del abandonado establo en que el Mesias nace, entonan cánticos de gloria los espíritus celestiales y anuncian su nacimiento á los pastores que en las cercanias se hallaban⁵; acuden dichos pastores á adorar á Jesús contando lo que habian visto y oido⁶; poco después los Magos del Oriente vienen de lejanas tierras, guiados por

Propheta Simeon, cum teneret puerum Jesum in ulnis suis, Spiritu Dei correptus exclamaverat, hunc tandem esse promissum Salvatorem, lumen ad revelationem Gentium, et gloriam plebis Dei Israel. Quæ cum audissent Joseph et Maria, tam præclara nempe vaticinia de puero, futuramque ejus missionem respectu Gentium, miratione repleti sunt. Erant mirantes super his quæ dicebantur de illo. — Hic autem queritur quomodo mirari potuerint parentes Domini ea quæ jam cognoscebant? non enim miratio nisi rei novæ et prius ignoratæ esse solet. — Resp. cum Maldonato: 1. Quæ ad gentium illuminationem per puerum operandam pertinent, parentibus adhuc parum vel nullatenus erant cognita. Joseph quidem, et præsertim Maria ab angelo docti erant mysterii Incarnationis summam, non vero singulas partes, quas nec necessarium erat a Deo illis revelari. Ejusmodi ergo mysterium, cum enucleatis et distinctius audirent, admirabantur. Unde intelligitur cognitionem de Christo, in mente parentum ejus incrementa sumpsisse, prout Christus gradatim sese oculis hominum manifestabat. — 2. Etiam si quæ dicebantur, parentibus Domini ignota non fuissent, adhuc erat admirandus locus: quia, ut vetustus quidam scriptor adnotavit, *transcendentium rerum notitia, quoties in memoria venerit, toties renovat in mente miraculum*, i. e. admirationem (SCHROUPE, *Evang. illustr.* Dom. infra oct. Nat.).

1. Luc. i, 26. — 2. Matth. i, 20. — 3. Luc. i, 42 et 43. — 4. Luc. i, 44. — 5. Luc. ii, 9-14. — 6. Luc. ii, 15-18.

la luz de refulgente estrella y le ofrecen sus dones y presentes como á su Rey y Dios¹; por último el santo anciano Simeon, al tomarle en sus brazos, después de cantar las alabanzas al Señor, exclama: *Ahora, Señor, ya podéis dejar morir en paz á vuestro siervo, según me habeis prometido, puesto que mis ojos han contemplado al Salvador que nos habeis enviado. Este Salvador ¡oh Dios mio! es aquel mismo que habeis destinado para exponerle á la vista de los pueblos todos, como luz que debe iluminar las naciones todas y ser la gloria de vuestro pueblo de Israel².*

Así es, que aquello que llamaba la atención de María y José y causaba su admiración, era no el gran número de extranjeros que en Belén encontraron, no la belleza de Jerusalem, una de las mas hermosas ciudades de aquel tiempo, así como tampoco del esplendor y magnificencia del Templo, al cual las artes todas á porfía habian prestado sus encantos; sino únicamente de *lo que de Jesús se decía*; los misterios que habian acompañado su concepción, su nacimiento y los primeros dias de su vida.

Como antes he dicho, en aquello que José y María se fijaban y que excitaba su admiración es en lo que debemos encontrar un modelo de lo que debe tambien fijarnos y causar nuestra propia admiración. No, no son los encantos ni los esplendores del mundo los que deben fijar nuestro pensamiento y deseo; no son nuestros parientes ó amigos, nuestra figura, nuestra salud, nuestra fuerza, nuestro talento, nuestro saber, nuestras riquezas ó nuestra aceptación en el mundo, lo que debe llamar nuestra atención. Todo ello es una quimera, todo eso es deleznable y perecedero. En otra parte debe estar nuestro deseo y solicitud; mas altos debemos colocar nuestros corazones.

A imitación de María y de José lo que debe en primer lugar fijar nuestra atención, nuestras afecciones y admiración, es en *lo que es dice de Jesús*, de su vida, de su rey y de su reino. Pues mucho mas felices en esto que José y que María, que no podian admirar mas

que los misterios que se relacionaban con la concepción y nacimiento de Jesús, nosotros podemos admirar su vida entera, la ley que ha dejado al mundo y el triunfo que ha conseguido sobre sus enemigos, la muerte y el demonio.

El objeto principal de nuestra admiración debe ser en primer lugar la vida de Jesús. Muchas veces habeis podido leer la vida de hombres ilustres, que se presentan en la historia como las robustas encinas se elevan en medio de los bosques. Sus brillantes hechos llaman vuestra atención y hacen latir de entusiasmo vuestro corazón. Tal vez os haya sucedido que á causa de vuestra emoción haya caído de vuestras manos el libro que leiais. ¿Que es, sin embargo la vida de esas personas en comparación de la de Jesús? ¿Si han llevado á cabo grandes hechos, no han ejecutado tambien cosas pequeñas? Si han hecho algun bien, no han cometido tambien algun mal? ¿No es ordinariamente sobre montones de cadáveres y lagos de sangre sobre los que se levanta la humana gloria? ¡Cuan diferente es todo esto al tratarse de Jesús! El esplendor de su vida es tan grande que no hay otra que iguale, aun de lejos, á la suya. En comparación de Jesús; que son Alejandro y Cesar, que Carlo Magno y Napoleon? Pígemeos al lado de un gigante. Pero lo que es preciso tener presente es que Jesús no se ha elevado por encima de todos los hombres sino por sus buenas acciones. *Pasó obrando el bien*¹, dijo, hablando de Jesús, el apóstol S. Pedro, que le habia acompañado durante toda su vida. En cuanto al mal en su vida lo cometió, así es que provocaba á sus enemigos á que sostuviesen lo contrario. ¿*Quien de entre vosotros*, les decía, *podrá acusarme de pecado*²? ¡Que vida mas admirable la de Jesús, cuanto bien hizo sin sombra de mal alguno!

Su ley y enseñanzas no son menos dignas de admiración que su propia vida. Para juzgarlas comparativamente como acabamos de hacerlo respecto á su vida, pongamos en parangon su doctrina con la de los mas esclarecidos filósofos, Sócrates, Platon, Ciceron. En

1. Matth. ii, 1-9. — 2. Luc. ii, 29-32

1. Act. x, 39. — 2. Joan. viii, 46.

lo tocante á Dios, esos ilustres sabios no supieron dar sino ideas groseras é incoherentes haciéndole emanar ya de la tierra, ya del agua, del aire ó del fuego, ya de todos los elementos reunidos, ya de ninguno de ellos. Respecto á la moral, al lado de algunos preceptos aceptables; cuantas torpezas no enseñaron! La mentira, la embriaguez, el robo, el homicidio, la deshonestidad, el adulterio, la bigamia y cosas aun mucho mas horribles y vergonzosas, todo lo autorizan esos sabios en su moral, todo eso lo aconsejan, y es mas, lo practicaron. ¡ Ah! ¿ pueden acaso compararse semejantes monstruosidades, con las enseñanzas y preceptos de Jesús? En la doctrina y moral predicadas por Jesús, todo es noble, todo es puro, todo es elevado. Dios se nos aparece tal cual es, como un espíritu puro, perfectísimo, omnipotente, creador, principio y fin de todas las cosas. Ante El todos los hombres son iguales; no son los unos dueños por necesidad, ni los otros necesariamente esclavos, sino que todos son hermanos. Todos tienen los mismos deberes y obligaciones así como tambien idénticos derechos. El pobre se halla encomendado al rico y el débil á la proteccion del mas fuerte. Las desigualdades y diferencias del mundo que existen en él por disposicion divina se convierten de esta manera en manantiales de virtud, puesto que de este modo vense los unos invitados á practicar el bien y los otros el agradecimiento. En cuanto á los vicios todos sin excepcion, se ven condenados en la divina doctrina de Jesús, no solo en sus manifestaciones, sino hasta en sus mismas raices. *Quienguiera*, dice Jesús, *que mire á una mujer con deseo de pecar, ya ha pecado en su corazon*¹. Así es que hasta el pensamiento mismo de hacer el mal es condenado por Jesús y el modelo ó tipo que nos propone para alcanzar la perfeccion no es otro sino el mismo Dios, *Sed perfectos*, nos dice, *como vuestro Padre celestial lo es*². ¡ Que enseñanzas y que moral! ¡ Qué digno es todo de admiracion y estudio!

Pero no es esto todo. Lo mas admirable en Jesús son sus victo-

1. Matth. v, 28. — 2. Matth. v, 48.

rias y su reinado. No es Jesús exclusivamente, en efecto, un moralista y un legislador, sino que al propio tiempo es un conquistador. Conquistar, he ahí el objeto principal de su venida al mundo. ¿ Qué es lo que viene á conquistar? Nuestras almas que estaban sujetas al poder del demonio, desde que el espíritu del mal habia vencido á nuestros primeros padres allá en el Paraiso. Tal ha sido el objeto principal de la venida de Jesús. Y este objeto lo ha conseguido enseñándoles á los hombres los engaños que el espíritu de tinieblas los tenia; y arrancándolos de la esclavitud en que los tenia sujetos por medio del pecado, restablecerlos en la libertad que proporciona la virtud y bienaventuranza. Jesús ha vencido de este modo á nuestro antiguo tirano y su victoria es definitiva é imperecedera.

Mas lo que tiene esta magnífica y saludable victoria de mas admirable, son los medios de que se ha valido Jesús para alcanzarla. Cuando un Rey se propone conquistar algun territorio de que ha sido despojado, levanta un poderoso ejército, le organiza, entrega el mando y direccion del mismo á expertos y entendidos generales. Pero para reconquistar nuestras almas, de las que el demonio fraudulentamente se habia apoderado, toma Jesús en su compañía á doce pobres pescadores, sin talento, sin bienes de fortuna y faltos además de valor, y les dice: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. Aquel que crea y sea bautizado, será salvado; pero el que no crea será condenado*¹. Y aquellos hombres predicaron el Evangelio, y fueron maltratados y los quitaron la vida considerándolos como á locos y criminales y después de su muerte sus propios asesinos creyeron en el Evangelio y Jesu-Cristo ha sido adorado en toda la tierra. Y desde hace diez y nueve siglos se renueva sin cesar esta misma historia. El demonio deseoso de conservar su imperio sobre las almas combate por conquistarlo de nuevo empleando para ello la hipocresia, la violencia y el crimen contra los apóstoles del Evangelio, pero siempre y en todo lugar Jesús quedará vencedor.

1. Marc. xvi, 15 y 16.

He aquí lo que se dice de Jesús y he aquí también lo que á imitación de María y de José debe ser objeto de nuestros constantes pensamientos y llamar nuestra atención, excitando nuestra admiración al propio tiempo. Ciertamente nada hay en el mundo que pueda llamar mas nuestra atención y que mas la merezca. Mas no basta el admirar la vida, la enseñanza y la victoria de Jesús: por lo cual quiero también hablarlos de

II. *Los frutos que esta admiración debe producir en nosotros.* — Cuando los apóstoles hubieron contemplado en el día de la Ascension, al Señor elevándose por los aires desaparecer tras una nube, quedaron atónitos y admirados de lo que acaban de ver; pero su admiración era una admiración estéril ó sin resultados, por lo cual el Señor los envió dos ángeles para que les reprendieran, diciéndoles: *Varones de Galilea ¿que haceis ahí mirando al cielo?*

La admiración de María y de José no era, por tanto, de esta clase y la nuestra no debe tampoco parecerse á la de los apóstoles después de la Ascension. María y José en efecto, no se contentaban con admirar sino que conservaban en su memoria y corazón cuanto de Jesús se decía. Esto es lo que de María nos dice el Evangelio¹, y es de creer que lo mismo le sucedería á José. Esto mismo es lo que nosotros debemos procurar á semejanza de tan santos como augustos modelos.

Al reflexionar acerca de lo que de la vida de Jesús se nos dice ¿que frutos, ó mas bien que consecuencias prácticas hemos de sacar? Nada mas fácil que averiguarlo. Si Jesús durante toda su vida ha obrado el bien y nunca el mal, deber nuestro es el esforzarnos, á imitación suya, á no hacer nunca nada malo y obrar siempre el bien. Hijos de familia, debemós cual Jesús, estar sumisos en un todo á nuestros padres, y trabajar con todas nuestras fuerzas á crecer en edad, en gracia y en virtud. Siervos humildes, debemos como nuestro modelo esforzarnos en cumplir fiel y exactamente la misión que nos ha sido confiada, como El mismo hizo con la que se impuso

1. Act. 1, 14. — 2. Luc. 11, 51,

de salvarnos y que no abandonó jamás ni ante el cansancio, ni ante los sufrimientos, ni aun ante la misma muerte. Padres de familia, así como Jesús no ha temido en un momento de justa indignación, arrojar del Templo á los vendedores que le profanaban con sus tráficos injustos, tampoco vosotros debéis dudar ni un solo instante en hacer uso de vuestra energía cuando sea necesario, para cortar de una vez los escándalos que deshonran una familia cristiana. Padres y madres de familia, del mismo modo que Jesús nos ha amado á cada uno de nosotros, que somos sus hijos, hasta dar su vida por nuestro amor, del mismo modo estais obligados, si necesario fuera, á dar vuestra vida por amor á vuestros hijos. Cristianos todos y discípulos de Cristo, como pretendemos ser, del mismo modo que nuestro divino Maestro no dejó marcharse á nadie de su lado sin que llevase consuelo, así también nosotros debemos atender y consolar á los que de consuelo necesiten; del mismo modo que Jesús no se vengó jamás de sus enemigos y que muy al contrario pidió á Dios perdon por aquellos mismos que le quitaban la vida, así también nosotros debemos perdonar las ofensas que se nos hagan devolviendo bien por mal. Estos y otros muchos semejantes son los frutos que debe producir en nosotros la admiración fecunda de la vida de Jesús.

¿Que frutos producir debe en nosotros la admiración por su ley y mandamientos? Tampoco hay gran dificultad en satisfacer esta pregunta. Los enemigos mismos de Jesús no pueden menos de confesar que nunca ha habido ni es posible que haya en lo sucesivo leyes mas sabias y perfectas que las de ese divino legislador, ni moral mas sana que la suya: no debemos, por tanto, contentarnos con admirar únicamente su ley y su moral, sino que es deber nuestro el observar una y otra. Apartemos pues, nuestro corazón y deseos de los bienes caducos de la tierra, porque son vanos y perecederos: seamos misericordiosos y llenos de bondad para con todos, porque necesitamos que los demás lo sean con nosotros: seamos puros hasta en nuestros mismos pensamientos si queremos serlo en nuestros actos, porque los pensamientos impuros acaban por producir el pe-

cado; seamos pacíficos aun con nuestros propios enemigos, ya con el fin de confundir su malicia, ya para encontrarles abierto el camino de la reconciliación; por último no deseemos en todas las cosas mas que el cumplimiento de la justicia, porque la justicia es sola digna de todo ser razonable é inmortal, puesto que es la sola inmortal¹. Todo esto es lo que antes que nosotros fuésemos han hecho ya tantos héroes del cristianismo, que despreciaron las cosas de este mundo, no solo de corazón, sino que se despojaron de ellas realmente distribuyendo entre los pobres los bienes que poseían; que consagraron su vida toda y su talento en instruir á los ignorantes y consolar á los desgraciados. Esto es lo que hicieron Santa Aglae, Santa Maria Egipciaca, S. Juan de Dios, S. Francisco de Asís, S. Francisco Javier, S. Vicente de Paul, el bienaventurado de la Salle y otros mil. Esto es lo que cada dia efectuan todos los verdaderos cristianos, que no apartan sus ojos de los preceptos de la ley de Jesús, con objeto de no faltar á ninguno de ellos sino de observarlos perfectamente en su totalidad. Marchemos sobre la huella de unos y otros y nuestra admiración acerca de las leyes de Jesús será igualmente fecunda.

Necesario es tambien que sea fructífera en nosotros nuestra admiración por la victoria de Jesús y por su eterno reinado ¿ Como conseguiremos esto ? Para ello debemos asociarnos á dichas victorias durante nuestra vida, para que merezcamos después de nuestra muerte vernos asociados á la gloria eterna. El reino del alma en los cielos es consecuencia de las victorias que alcanzamos sobre la tierra y recompensa de las mismas, según se desprende de estas palabras : *Nadie será coronado si no ha sabido vencer*². Para asociarnos aquí en la tierra á las victorias de Jesús es preciso que como El sepamos vencer á nuestros enemigos. Esto es, que si atacados por el orgullo, le combatimos con tal valor que le postramos á nuestros piés por medio de la humildad; ó si combatidos por la soberbia logramos vencerla con la modestia. Y lo mismo hace-

1. Matth. v, 3 y siguientes. — 2. II. Tim. ii, 5.

mos con los demás escogidos de nuestra alma, la avaricia, la venganza, la envidia, el rencor, la lujuria, la gula, la pereza, la maledicencia, la desobediencia, la hipocresía, etc. ¡ Que valor y fuerza debe comunicarnos para vencer á todos estos enemigos el ejemplo de nuestro divino Maestro, el cual camina ó marcha delante de todos indicándonos el modo de evitar ó rechazar los golpes que se nos dirigen y de hacer huir ó poner en precipitada fuga á todos nuestros enemigos ! Contempladle durante su estancia en el desierto atacado por el demonio de la sensualidad, de la avaricia, y del orgullo : con que facilidad sabe triunfar de sus ataques ! De que confusión hállase poseído el espíritu del mal cuando se ve obligado á abandonar el asalto que intentaba y considerarse vencido ! Pero aun mas que la facilidad de la defensa y la certidumbre de la victoria, lo que mas debe sostenernos en el combate y darnos fuerza y valor es la recompensa que espera al vencedor. Esta recompensa, que acabo de decir, es el reinar con Jesús en el cielo por una eternidad de eternidades. Jesús, en efecto, ha querido en su justicia, llena de bondad y misericordia, que aquellos que en la tierra hubiesen sostenido con buen éxito los mismos combates que El tuvo que librar, gozasen tambien como El la eterna recompensa del cielo.

Conclusion. — He aquí por una parte lo que debe ser el objeto principal de nuestra consideración y pensamiento, excitando nuestra admiración con preferencia á todo lo demás, esto es, lo que sabemos de la vida y enseñanza de Jesús y de sus triunfos, triunfos cuyo número se aumenta de dia en dia, en presencia de las generaciones todas; y he aquí tambien por otra parte, los frutos que debe producir en nosotros la admiración de tan portentosos hechos, á saber, la imitación de la vida de Jesús, el respeto y observancia de su ley y por último el asociarnos á sus victorias. Maria y José nos ofrecen en este dia un acabado modelo de nuestra conducta, á causa de su cuidado en admirar cuanto de Jesús oían decir y en meditar estos dichos en su interior. Imitémoslos, por tanto, del mismo modo que los han imitado antes que nosotros tantos y tantos san-

tos, y de este modo seremos dignos de que Jesús nos reciba á todos en el cielo. Amen.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD.

SEGUNDO DISCURSO.

Profecía de Simeon.

I. Con relacion á Jesús — II. Con relacion á María. — III. Con relacion á los hombres.

El pasaje mas notable é importante del Evangelio de este dia es, sin duda alguna, el que trata de la profecía de Simeon. Encuéntrase en esta profecía, efectivamente, en muy pocas palabras, todo lo que forma el carácter distintivo, no solo de la vida de Jesús, sino de su influencia en el mundo hasta el fin de los siglos. Semejante asunto no puede menos de hacernos fijar la atencion. Por lo que me propongo exponeroslo lo mejor posible. Y como en la profecía de Simeon hay unas palabras que se dirigen directamente á Jesús, otras á María y otras al género humano en general, voy á explicaros sucesivamente unas y otras, dividiendo para ello este tratado en tres partes.

1. *Palabras de la profecía de Simeon que se refieren á Jesús.* — El personaje de que aquí se trata bajo el nombre de Simeon era, segun se supone, un sacerdote de la antigua ley. Sábese, sin embargo, de un modo cierto é indiscutible que era un varon justo y temeroso de Dios, quien le habia revelado que no dejaria este mundo sin haber contemplado al Mesias prometido de las naciones ¹. El dia que la Santísima Virgen María presentóse en el Templo de Jerusalem

1. Et ecce homo erat in Jerusalem, cui nomen Simeon, et homo iste justus, et timoratus, expectans consolationem Israel, et Spiritus Sanctus erat in eo. Et responsum acceperat a Spiritu Sancto, non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini (Luc. II, 25 et 26).

para cumplir con la doble ceremonia de la Purificacion y presentacion de su divino Hijo, Simeon á impulsos del Espíritu de Dios, fué tambien al mismo lugar y reconociendo en el Hijo de María al Mesias prometido y esperado, le toma en sus brazos alabando á Dios: y devolviéndole después á su purísima Madre y á S. José, *benedicelos* porque Dios los habia escogido para confiarles su propio Hijo ¹. Después dirigiéndose á María únicamente ², porque su vida habia

1. *Benedixit*, bene precatus est... *Eis*, scilicet parentibus. Josepho et Mariæ, uti precessit, non puero Christo (licet et hoc velit Jansenius), inquit Maldonatus, Franciscus Lucas et alii: puerum enim, utpote Mesiam, Salvatorem et Deum suum venerabatur et adorabat, ac ab Deo benedici optabat, non vero eum benedicere audebat, vel presumebat, quia summe, ut per erat, eum reverebatur (Corn. A Lap. *Comm. in Luc.* II, 34). — *Benedixit*, i. e. gratulatus illis est tam felicem prolem: beatos illos dixit, qui talem haberent filium; sicut Elisabeth eadem gratulatione exclamavit: *Benedicta tu inter mulieris, et benedictus fructus ventris tui.* — Ex hac ergo benedictione Simeonem sacerdotem fuisse, colligi nequaquam potest (Schouerna, *Ev. illust.* Dom. inf. oct. Nat. Expl. 1^o). — *Et benedixit illis Simeon.* Exemplum laudis et benedictionis Mariæ et Josepho tribuendæ. 1^o Merito Maria et Joseph benedictionem accipiunt et beati predicantur. Beati, utique propter Jesum quem possident, in quo, et in quo solo benedicentur omnes gentes terræ. Gen. xxii, 18. — 2^o Beatius quoque Simeon, et quicumque ejus exemplo benedictionem Joseph et Mariæ tribuunt: vicissim enim benedictionem accipient: *Qui benedixerit tibi, benedictionibus repleatur.* Gen. xxvii, 29. — Frequenter ergo et ex animo benedictionem angelicam ingeminabo, dicens: *Benedicta tu in mulieribus!* (Id. *ibid.* Exp. 2^o).

2. *Et dixit ad Mariam matrem ejus*, potius quam ad Joseph, tum quia ipsa sola vera et naturalis erat mater Jesu, Joseph autem ejus erat pater tantum per denominationem; tum quia Joseph videtur mortuus ante annum 3^o Christi, quo hæc contigerunt; quare illa in se experta est sensilique sola B. Maria. Illi ergo soli hic Simeon prophætico spiritu prædixit tam prospera, quam adversa, ipsi et Christo obventura, ut in prosperis non extollatur, nec in adversis cadat animo, sed contra illa der modestiam, contra hæc per patientiam et fortitudinem pectus suum